

LOS MODOS DE PRODUCCIÓN DEL PASADO

Pedro Ruiz Torres

Departament d'Història Contemporània

Universitat de València

El pasado presente es aquello que en el presente se imagina, se dice, se escribe acerca del pasado, no el pasado tal y como fue cuando era presente. El tiempo transcurrido modifica la naturaleza del pasado por cuanto introduce una perspectiva nueva y distinta que no había antes. Los pasados presentes no son sólo los pasados que proporcionan los historiadores, menos en un mundo como el nuestro en el que hay otras profesiones y disciplinas que emprenden viajes similares a los de los historiadores en busca del pretérito. También la actividad artística produce pasados y la memoria y la opinión nos lo traen de continuo. En la esfera pública “pasado”, “memoria” e “historia” suelen hacer referencia de manera indistinta a una realidad objetiva utilizada como tal para justificar o legitimar de manera incuestionable las más diversas creencias de tipo religioso, ideologías, actitudes políticas, intereses económicos y sociales, culturas, identidades colectivas. Por ello me parece conveniente actuar en sentido contrario, con el fin de hacer ver que todos los pasados presentes, incluidos los unidos a la memoria o a la historia, son pasados producidos, algo que ni mucho menos presupone un mismo modo de producción del pasado, ni una falta de correspondencia con el pasado tal cual fue.

Desde antiguo la historia ha sido considerada el saber más relevante, verídico y controlable en relación con el pasado humano. La historia no se interesa por los sucesos intrascendentes, sino por los acontecimientos importantes para la vida de una comunidad. Su mayor certidumbre proviene del estudio minucioso y crítico llevado a cabo sobre los restos del pasado, sean testimonios orales, textos o cualquier otro vestigio que se haya conservado. El historiador pone por escrito los resultados de sus investigaciones y de ese modo los hace públicos y perdurables. En consecuencia, la significación atribuida al “hecho histórico”, la indagación por medio de “fuentes”, “documentos” o “huellas”, y la escritura se han convertido en los tres pilares básicos del edificio del saber llamado historia. En todo lo demás, no obstante, en los procedimientos seguidos a la hora de considerar digno de estudio un fenómeno u otro del pasado y de investigarlo a través de los vestigios disponibles, en las formas resultantes de la obra escrita y en las funciones sociales de

la misma, la historia de los historiadores resulta muy plural. Aquello que encontramos en el saber llamado historia, lejos de una trayectoria de éxitos y fracasos, aciertos y equivocaciones en función del grado de correspondencia con principios supuestamente intemporales y de validez universal, son concepciones y prácticas variables según el medio y los modos respectivos de poner en relación el presente con el pasado; unas concepciones y unas prácticas que han cambiado mucho a lo largo del tiempo. *La historia* (saber) comprende una pluralidad de *historias* que remiten a *una historia* (trayectoria).

El desplazamiento que ha tenido lugar en los dos últimos siglos en relación con el saber acerca del pasado se pone de relieve cuando comparamos la obsesión por el método científico de las dos grandes escuelas históricas surgidas en el siglo XIX, la alemana y la francesa, con el interés actual por aquello que la memoria y la historia tienen en común y las distinguen en la manera de *producir el pasado*. El periodo de entreguerras trajo consigo el inicio del derrumbe de un ideal de saber que había adquirido prestigio social creciente en el siglo XIX. La *wissenschaftliche Objektivität* u “objetividad científica” era posible gracias a “el método de la ciencia” (una concepción empírica del método de raíz baconiana) y a la “ideología de la neutralidad”, pero la ilusión del método y el profesionalismo como ideología sufrieron un duro golpe en los años difíciles de la crisis del Estado liberal y el ascenso del fascismo y del estalinismo. Tras el final de la Segunda Guerra Mundial resultó imposible volver al antiguo ideal de los “tiempos heroicos de la ciencia” a pesar de los diversos intentos que se hicieron en ese sentido. El “historiador tradicional” siguió insistiendo en la necesidad de tomar distancia de los problemas del presente para conseguir la “neutralidad” con vistas al “conocimiento objetivo” del pasado distante. Sin embargo, el interés preferente de la mayoría de los historiadores tradicionales por el estudio de los hechos políticos fue criticado en las primeras décadas del siglo XX por los partidarios de las “nuevas ciencias sociales”. Los fenómenos de carácter económico-social y psicológico-colectivo parecían mucho más apropiados al tratamiento científico que los de carácter político-institucional al permitir la elaboración de teorías científicas de carácter social que podían ponerse a prueba en el presente. Los “nuevos historiadores” del periodo de entreguerras, enfrentados a los “historiadores tradicionales”, mostraron su rechazo a las clásicas lecciones de metodología de la historia y se acercaron a las nuevas ciencias sociales con vistas a vincular el estudio del pasado a los problemas del presente, pero sin dejar de reivindicar el carácter propio de la historia como disciplina. De un modo u otro, sin embargo, el ideal de la historia objetiva fue perdiendo crédito con el intenso y frecuente uso político de la “historia científica” al servicio de las más diversas ideologías.

En un mundo justamente orgulloso de su ciencia, pensaba Marc Bloch en 1942, si la historia no fuera más que un amable pasatiempo, tendrían poco sentido los esfuerzos de los historiadores por escribirla de un modo verídico, “yendo, en la medida de lo posible, hasta los resortes más oscuros; en consecuencia, difícilmente”. Las “minucias de la erudición histórica, tan capaces de devorar toda una

vida”, merecerían ser condenadas como un absurdo derroche de energías “si no lograran revestir con un poco de verdad una de nuestras diversiones”. Sin embargo, añade Marc Bloch, la historia tendrá “el derecho a reivindicar su lugar entre los conocimientos verdaderamente dignos de esfuerzo, sólo en la medida en que, en vez de una simple enumeración sin relaciones y casi sin límites, nos permita una clasificación racional y una progresiva inteligibilidad”. Toda ciencia “nos parecerá incompleta si, tarde o temprano, no nos ayuda a vivir mejor”, pero por mucho que una vieja tendencia nos incline “a pedir a la historia los medios para guiar nuestra acción”, el problema de la utilidad de la historia “no se confunde con el de su legitimidad desde el punto de vista intelectual”. Ha de plantearse en segundo término, “pues para obrar razonablemente ¿acaso no necesito primero comprender?”. Marc Bloch, uno de los grandes maestros de la disciplina histórica, en el manuscrito publicado en 1949 después de su muerte con el título *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien* criticaba la imagen que muchos se hacían de la historia sin entrar en el taller del historiador. Pretendía decirnos “cómo y por qué un historiador practica su oficio”, después de dejar claro que “la historia no es como la relojería ni como la ebanistería”, sino “un esfuerzo encaminado a conocer mejor” y por consiguiente “algo en movimiento”. La historia no es sólo para Marc Bloch una ciencia en movimiento sino también “una ciencia en pañales, como todas las que tienen por objeto el espíritu humano, este recién llegado al campo del conocimiento racional”. Sigue siendo joven como empresa razonada de análisis, mientras “se esfuerza por penetrar finalmente los hechos de la superficie, por rechazar, después de las seducciones de la leyenda o de la retórica, los venenos, hoy en día más peligrosos, de la rutina erudita y del empirismo disfrazado de sentido común”¹.

Las generaciones anteriores a las nuestras, considera Marc Bloch, vivieron seducidas por una imagen rígida, realmente *comptiana*, de las ciencias del mundo físico, que algunos creyeron posible aplicar al estudio de la evolución humana, tal fue la posición de “la escuela sociológica fundada por Durkheim”. Otros investigadores, adoptaron una actitud diferente y en vez de concebir la historia como un conocimiento científico, se inclinaron a ver en ella “una suerte de juego estético o, a lo mucho, un ejercicio de higiene favorable para la salud mental”. Sin embargo, “nuestra atmósfera mental ya no es la misma. La teoría cinética de los gases, la mecánica einsteiniana, la teoría de los quanta, han alterado profundamente la idea que aún ayer se formaba de la ciencia. Estas teorías no la han empuñado, la han

¹ Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador*. Edición crítica preparada por Étienne Bloch, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, las citas en pp. 124-129. Como señala el responsable de la edición en castellano, Carlos Antonio Aguirre Rojas, se trata de una nueva y diferente edición respecto de la de 1949, que ha visto la luz en Francia en noviembre de 1993 en el contexto de un amplio movimiento de recuperación crítica del legado cultural de la historiografía de los *Annales* y en especial de “vuelta a los fundadores”, Marc Bloch y Lucien Febvre. Véase el prefacio a esta edición francesa a cargo de Jacques Le Goff y la presentación de Étienne Bloch.

hecho más flexible”. Han sustituido “lo cierto por lo infinitamente probable, lo rigurosamente mensurable por la noción de eterna relatividad de la medida”. De aquí en adelante, “estamos mucho mejor preparados para admitir que un conocimiento puede pretender el nombre de científico aunque no se revele capaz de hacer demostraciones euclidianas o leyes de repetición inmutables”. No nos sentimos obligados a “tratar de imponer a todos los objetos del saber un modelo intelectual uniforme, tomado de las ciencias de la naturaleza física, porque incluso en ellas mismas ese modelo ya no se aplica por completo”. Las ciencias del hombre “no tendrán necesidad de renunciar a su originalidad, ni de avergonzarse de ella”².

La historia no es para Marc Bloch la ciencia del pasado, como tantos otros piensan, sino una ciencia que comparte con las demás ciencias humanas “lo humano” como objeto de estudio. La historia “quiere captar a los hombres” y “el buen historiador se parece al ogro de la leyenda. Ahí donde olfatea carne humana, ahí sabe que está su presa”. Los hechos humanos son “fenómenos muy delicados y muchos de ellos escapan a la medición matemática”. Para penetrar bien en ellos, “se necesita una gran finura de lenguaje, un color justo en el tono verbal. Ahí donde resulta imposible calcular, se impone sugerir”. Ahora bien, todavía falta por añadir una cosa muy importante, considera Marc Bloch. La historia no es sólo “ciencia de los hombres” sino “de los hombres en el tiempo”, porque “la atmósfera donde su pensamiento respira naturalmente es la categoría de la duración”. El tiempo de la historia resulta mucho más que una medida, “es el plasma mismo donde están sumergidos los fenómenos y es como el lugar de su inteligibilidad”. Ese tiempo se convierte a la vez en un continuo y en un cambio perpetuo. “De la antítesis de estos dos atributos provienen los grandes problemas de la investigación histórica”³.

De las ideas de Marc Bloch expuestas a principios de los años cuarenta es posible destacar tres rasgos principales de la historia: su carácter científico, en tanto esfuerzo encaminado a conocer mejor y de un modo verídico; su preocupación por el estudio de los fenómenos humanos, muchos de los cuales escapan a la medición matemática y exigen “una gran finura de lenguaje”; y “la atmósfera” que respiran los historiadores y “el plasma” de esos fenómenos, debido a que son hechos humanos situados a lo largo del tiempo y han de ser vistos desde la perspectiva de la duración. La memoria, sin embargo, apenas si aparece en *Apología para la historia* y cuando lo hace va unida a esos “mediocres aparatos registradores” de la mayoría de los cerebros con los que estos pretenden dar cuenta del mundo circundante y luego recordar sus experiencias. Si se piensa que “los testimonios no son propiamente sino la expresión de recuerdos, los errores iniciales corren siempre el riesgo de complicarse con errores de memoria, de esa memoria incansable, ‘choyante’ que ya denunciaba uno de nuestros viejos juristas”⁴. De ahí la enorme im-

² *Ibidem*, pp. 129-132.

³ *Ibidem*, pp. 137-141.

⁴ *Ibidem*, p. 203.

portancia que para Marc Bloch tiene la crítica del testimonio, la posibilidad de descubrir “la mentira y el error”, en la línea de lo buscado por la crítica histórica desde muy antiguo, pero también la conversión de la mentira en un testimonio, la información que a su vez proporcionan las deformaciones, las inexactitudes, las falsas noticias como las que circularon en la guerra de 1914-1918⁵. La investigación histórica, en consecuencia, es en gran medida aquello que por medio de la “lógica del método crítico” permite aplicar al testimonio y por tanto “a la turbia memoria del pasado”⁶ un control racional con vistas a obtener las pruebas que el estudioso necesita para llegar a conocer el pasado de forma verídica.

En sentido contrario se mueve de manera significativa el planteamiento de Paul Ricoeur en su libro *La memoria, la historia, el olvido*, más de medio siglo después de la *Apología para la historia* de Marc Bloch. El punto de partida es el recuerdo y la constatación de que no tenemos nada mejor que la memoria para significar que algo tuvo lugar, sucedió, ocurrió *antes* de que declaremos que nos acordamos de ello⁷. Al someterse a la pregunta “¿de qué hay recuerdo?” la fenomenología de la memoria se ve enfrentada a una temible aporía: la presencia en la que, se cree, consiste la representación del pasado parece ser la de una imagen y ello hace de la memoria una región de la imaginación, situada ésta en la parte inferior de la escala de los modos de conocimiento. A contracorriente de esta tradición de degradación de la memoria, piensa Paul Ricoeur, “debe procederse a la separación lo más posible de la imaginación y la memoria”, y la idea guía será la diferencia entre dos objetivos, dos intencionalidades: “uno el de la imaginación dirigida hacia lo fantástico, la ficción, lo irreal, lo posible, lo utópico; otro, el de la memoria, hacia la realidad anterior”. Parece que el retorno del recuerdo sólo puede hacerse por medio de la imagen y ello trae consigo una amenaza permanente de confusión entre rememoración e imaginación. Sin embargo, “no tenemos nada mejor que la memoria para garantizar que algo ocurrió antes de que nos formásemos el recuerdo de ello”. La propia historiografía no logrará modificar “la convicción de que el referente último de la memoria sigue siendo el pasado, cualquier que pueda ser la significación de la ‘paseidad’ del pasado”⁸.

La imaginación y la memoria, continúa Ricoeur, tienen un rasgo en común, la presencia de lo ausente, y otro diferencial, la suspensión de cualquier posición de realidad y la visión irreal en el caso de la imaginación, y la posición de una realidad anterior en el de la memoria⁹. El recuerdo pertenece al “mundo de la experiencia” frente a los “mundos de las fantasías”, de la irrealidad. El primero es un mundo en común, los segundos son totalmente “libres”, su horizonte, perfectamente “indeterminado”¹⁰. A pesar de las “trampas que el imaginario tiende a la

⁵ *Ibidem*, pp. 185-211.

⁶ *Ibidem*, p. 231.

⁷ Paul Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido*, Madrid, Editorial Trotta, 2003, pp. 40-41.

⁸ *Ibidem*, pp. 21-23.

⁹ *Ibidem*, p. 67.

¹⁰ *Ibidem*, p. 74.

memoria”, se puede afirmar que “una exigencia específica de verdad está implicada en el objetivo de la ‘cosa’ pasada, del *qué* anteriormente visto, oído, experimentado, aprendido”. Esa exigencia de verdad le da a la memoria una dimensión cognitiva específica. En el momento del reconocimiento con el que concluye el esfuerzo de rememoración es cuando se declara esta exigencia de verdad. “Entonces sentimos y sabemos que algo sucedió, que algo tuvo lugar, que nos implicó como agentes, como pacientes, como testigos”. Paul Ricoeur llama “fidelidad” a esta exigencia de verdad y convierte en labor de estudio el “cómo la dimensión epistémica, *veritativa*, de la memoria se compagina con la dimensión *pragmática* vinculada a la idea de *ejercicio* de la memoria”¹¹. De esta forma el fenómeno mnemónico es visto como representación en tanto el recuerdo aparece como “la imagen de lo que antes se vio, oyó, experimentó, aprendió, adquirió; y es en términos de representación como puede formularse el objetivo de la memoria en cuanto ella se dice del pasado”¹².

A la representación mnemónica sigue la representación histórica. Paul Ricoeur toma en préstamo la idea de historiografía de Michel de Certeau¹³ y entiende la historia de los historiadores como una “operación” que ha de ser captada en la acción de los propios sujetos y que contiene tres fases: la documental, la explicativa/comprendensiva y la representativa. Las fases, nos dice Paul Ricoeur, no son estadios cronológicos distintos, sino momentos metodológicos imbricados entre sí. Cada una de esas fases posee valor de nivel básico para las otras dos. No obstante, en ausencia de un orden cronológico de sucesión, el término “fase” subraya la progresión de la operación respecto a la manifestación de la intención de los historiadores de reconstrucción verdadera del pasado. Aun cuando el reto epistemológico principal tiene lugar en la fase explicativa/comprendensiva, no se agota en ella, ya que es en la tercera fase, la fase representativa que remite a la configuración literaria o escrituraria del discurso ofrecido al conocimiento de los lectores de historia, cuando se declara abiertamente la intención de representar en verdad las cosas pasadas, por lo que se define, frente a la memoria, el proyecto cognitivo y práctico de la historia tal y como la describen los historiadores profesionales¹⁴. “Una tesis constante de este libro es que la historia es totalmente escritura: desde los archivos a los textos de los historiadores, escritos, publicados, dados a leer”. El sello de la escritura es transferido de la primera a la tercera fase: el historiador lector de los documentos, el libro de historia que tiene sus lectores, potencialmente cualquiera que sepa leer, de hecho, el público ilustrado. A su vez, el libro de historia se hace documento abierto a las sucesivas reinscripciones que someten el conocimiento

¹¹ *Ibidem*, p. 80.

¹² *Ibidem*, p. 313.

¹³ Michel de Certeau, “La operación histórica”, en Jacques Le Goff y Pierre Nora, *Hacer la historia*, vol. 1, *op. cit.*, pp. 15-54, reelaborado y ampliado en el capítulo 2, “L’operation historiographique”, de la primera parte del libro *L’écriture de l’histoire*, Paris, Gallimard, 1975, pp. 63-120.

¹⁴ Paul Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido*, *op. cit.*, pp. 178-180.

histórico a un proceso incesante de revisión¹⁵. La historia es “de principio a fin escritura” o, si se prefiere, la conversión en escritura del conocimiento de los historiadores¹⁶.

Paul Ricoeur convierte *La memoria, la historia, el olvido* en “un alegato en favor de la memoria como matriz de la historia, en la medida en que sigue siendo guardián de la problemática de la relación representativa del presente con el pasado”¹⁷. No tenemos nada mejor que la memoria para significar que algo tuvo lugar, no en vano los falsos testimonios (“el testimonio constituye la estructura fundamental de transición entre la memoria y la historia”) sólo pueden ser desenmascarados por un procedimiento crítico que opone otros testimonios considerados más fiables a los que están bajo sospecha. Por lo que la ambición veritativa (nadie le reprocharía lo contrario a la imaginación) de la memoria tiene propiedades que merecen ser reconocidas antes de considerar cualquier deficiencia patológica y debilidad no patológica de la memoria¹⁸. Ahora bien, existe la tentación de transformar este alegato a favor en una reivindicación de la memoria contra la historia. “Por lo mismo, tanto me opondré, en el momento oportuno, a la pretensión inversa de reducir la memoria a un simple objeto de la historia entre sus ‘nuevos objetos’, con el riesgo de despojarla de su función matricial, como me negaré a dejarme llevar por la defensa inversa”¹⁹. Para lo cual es preciso ahondar en la autonomía del conocimiento histórico respecto al fenómeno mnemónico, presupuesto básico “de una epistemología coherente de la historia en cuanto disciplina científica y literaria”²⁰.

De esa forma la representación unida al recuerdo deja paso a la representación producto del trabajo de los historiadores que Paul Ricoeur denomina *representancia*. La representación histórica en tanto representación literaria o escrituraria “deberá dejarse leer, en última instancia, como representancia, ya que la variación terminológica propuesta subraya no sólo el carácter activo de la operación histórica, sino el objetivo intencional que hace de la historia la heredera erudita de la memoria y de su aporía fundadora. Así se recalcará con fuerza el hecho de que la representación en el plano histórico no se limita a conferir un ropaje verbal a un discurso cuya coherencia sería completa antes de hacerse literatura, sino que constituye una operación de pleno derecho que tiene el privilegio de hacer emerger el objetivo referencial del discurso histórico”²¹.

Una nueva problemática, que no es la del trabajo crítico del historiador sobre la memoria de los testigos mencionada por Marc Bloch, sino la de la representación del pasado por medio de la memoria y de la historia, surge como vemos ahora. Las

¹⁵ *Ibidem*, p. 311.

¹⁶ Ambas definiciones en *ibidem*, pp. 180-182.

¹⁷ *Ibidem*, p. 119.

¹⁸ *Ibidem*, pp. 40-41.

¹⁹ *Ibidem*, p. 119.

²⁰ *Ibidem*, p. 178.

²¹ *Ibidem*, p. 313.

aporías principales de la memoria, nos dice Paul Ricoeur, vuelven al primer plano en la tercera fase de la operación historiográfica, “el de la representación de una cosa ausente ocurrida antes y el de la práctica consagrada a la rememoración activa del pasado que la historia eleva al rango de reconstrucción”²². Además la conversión en escritura del conocimiento de los historiadores plantea “una especie de parodia del mito platónico del *Fedro* dedicado a la invención de la escritura”. En la medida en que el don de la escritura es considerado por el mito como el antídoto de la memoria, “puede considerarse como el paradigma de cualquier sueño de sustituir la memoria por la historia”, pero el problema es saber “si el *pharmakon* de la historia-escritura es remedio o veneno”²³.

Las diferencias entre historia y memoria expuestas por Ricoeur en la segunda parte de *La mémoire, l'histoire, l'oubli* consagrada a “la epistemología de las ciencias históricas” se manifiestan en cada una de las tres fases de la “operación historiográfica”. Roger Chartier lo pone de relieve: a la estructura fiduciaria del testimonio le corresponde la naturaleza indiciaria del documento; la inmediatez de la reminiscencia es sustituida por la construcción de la explicación histórica (ya sea por las regularidades y las causalidades desconocidas por los actores, por las razones movilizadas como estrategias explícitas o por una alternancia y combinación de ambas a veces de manera aleatoria); a la supuesta fidelidad inmediata de la memoria se opone la intención de verdad de la historia en el relato puesto por escrito, intención fundada en el tratamiento de los documentos, que son otras tantas huellas del pasado, y en los modelos de inteligibilidad que construyen su interpretación. El establecimiento de la prueba documental, la construcción de la explicación/comprensión y la forma narrativa en cada una de sus modalidades (estructuras narrativas, figuras retóricas, imágenes y metáforas), de manera claramente distinguibles, sirven para acreditar la “representación historiadora del pasado” que Paul Ricoeur llama “representancia” y cuya “vehemencia asertiva” encuentra su fundamento en las operaciones de conocimiento que la distingue de los reconocimientos de la memoria, recibidos en la intuición de su inmediatez. Cada “fase” de la operación historiográfica (el documento en contra del testimonio, la construcción explicativa en contra de la reminiscencia inmediata, la representación del pasado en contra de su reconocimiento) se distingue claramente del procedimiento de la memoria. De ahí, según Chartier, el deseo de los historiadores de “disipar todo riesgo de confusión entre la historia, entendida como un saber crítico y controlable, y las reconstrucciones de la memoria que conservan con el pasado una relación afectiva, militante o manipuladora”²⁴.

²² *Ibidem*, p. 179.

²³ *Ibidem*, pp. 181-182.

²⁴ Roger Chartier, “Le passé au présent”, en “Autour de *La Mémoire, l'Histoire, l'Oubli* de Paul Ricoeur”, *Le débat*, num. 122, novembre-décembre 2002, pp. 4-7, traducción española “El pasado en el presente. Una lectura de Ricoeur”, en el libro de Roger Chartier, *El presente del pasado. Escritura de la historia, historia de lo escrito*, México, Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, 2005, pp. 72-76.

Chartier no niega que las relaciones entre historia y memoria sean fuertes. La memoria, como piensa Ricoeur, debe considerarse “matriz de la historia” porque sigue siendo el guardián de la relación del presente con el pasado, con todos los problemas que esa función comporta, y la intención de verdad de la historia necesita de la certidumbre dada por la memoria, a la vez que comparte la aporía con la que se enfrentan ambas: representar en el presente las cosas pasadas. Además el saber histórico puede contribuir a disipar las ilusiones y los olvidos que durante mucho tiempo han desorientado a las memorias colectivas, mientras por el contrario las necesidades de remembranza o las exigencias de la conmemoración están con frecuencia en el origen de investigaciones históricas rigurosas y originales. Con todo, memoria e historia no son identificables. “La primera se inscribe en el orden de un saber universalmente aceptable, ‘científico’ en el sentido de Michel de Certeau. La segunda está gobernada por las exigencias existenciales de comunidades para quienes la presencia del pasado en el presente es un elemento esencial de la construcción de su ser colectivo”. Chartier considera que los historiadores olvidan con frecuencia esta diferencia y caen en el anacronismo. Por otra parte, la capacidad crítica no debería limitarse al rechazo necesario de la impostura y extenderse a las distorsiones que, aun sin producir falsificación, “proponen argumentos inaceptables”. ¿Cuáles son los criterios para descalificar una interpretación y validar otra? ¿De qué dependen, de la coherencia interna de la demostración, de su compatibilidad interna con los resultados adquiridos, de las reglas clásicas del ejercicio de la crítica histórica? ¿Es legítimo postular una pluralidad de regímenes de prueba de la historia, exigida por la diversidad de los objetos y los métodos históricos, o hay que elaborar una teoría de la objetividad que establezca criterios generales con el fin de distinguir entre proposiciones válidas e inválidas? Chartier formula esas preguntas pero no las contesta, a pesar de que, como él mismo afirma, en un tiempo como el nuestro amenazado por la tentación de “historias imaginarias e imaginadas”, resulta urgente “una reflexión sobre las condiciones que permitan considerar un discurso histórico como una representación y una interpretación adecuadas de la realidad que fue”²⁵.

Krzysztof Pomian se centra en las relaciones entre la historia y la memoria reducidas, la una y la otra, a su función cognitiva, y cuestiona la idea de Paul Ricoeur de que la memoria juegue el papel de “matriz de la historia” en el sentido preciso de dicha expresión. La idea básica a partir de la cual Pomian elabora gran parte de su argumentación es que la historia y la memoria no han de declinarse en singular sino en plural, dadas las formas diversas de historia y de memoria que existen, y pone dos ejemplos extremos. En un lado estaría una historia como la del clima, en la medida en que es una historia que afecta a las sociedades humanas (éstas a su vez intervienen en la evolución del clima), que nada tiene que ver con la memoria. En el otro lado, la memoria de los acontecimientos recientes, de la

²⁵ *Ibidem*, pp. 9-11 (pp. 79-84 de la edición en castellano antes citada).

que no se puede hablar haciendo abstracción de su pluralidad y de su conflictividad intrínseca, memorias profundamente diferentes e incompatibles las unas con las otras. La primera trata con objetos inertes que no proporcionan información alguna antes de ser sometidos a un tratamiento apropiado. Excluye toda identificación del historiador con su objeto y publica sus resultados bajo la forma de curvas, columnas de cifras, histogramas acompañados de comentarios. La segunda, por el contrario, viene de la mano de individuos que hablan de su pasado porque condiciona su presente y justifica sus reivindicaciones. Está fundada en la identificación de los portadores presentes de esa memoria con ellos mismos en el pasado, se exterioriza en los relatos y no se deja apaciguar mientras viven los vencedores y los vencidos del conflicto original²⁶.

La historia del clima, pero también de la demografía, de las técnicas o de la economía, la historia que practican los especialistas de la genética de las poblaciones humanas, los arqueólogos que estudian sociedades anteriores a la aparición de la escritura, los médicos que investigan enfermedades antiguas, los biólogos, etc. (podemos añadir, la historia ecológica o del medio ambiente), invalidan la afirmación general de la “función matricial” de la memoria en relación con la historia. Ello no significa, aclara Pomian, que esa función no la ejerza jamás la memoria, pero entre uno y otro polo se despliega todo un amplio abanico de historias en función del objeto de estudio, de la distancia temporal y espacial del mismo respecto del historiador, de la ideología que profesa este último y de la importancia por él acordada a la dimensión literaria de su trabajo. El punto crucial para Pomian es la diversidad de la historia concebida en nuestros días como conocimiento mediato, no sólo según los espacios, periodos y los objetos estudiados que requieren competencias específicas para extraer informaciones de los vestigios del pasado, sino también en el ámbito epistemológico dentro incluso del marco general del conocimiento mediato²⁷.

Por su parte, la dinámica de la memoria no depende o sólo de un modo muy débil de las evoluciones de la historia en tanto disciplina científica o género literario. “La memoria vive su vida de manera autónoma. Se forma y se transforma bajo la presión de los acontecimientos. La demografía ejerce sobre ella su influencia a través del reemplazo de las generaciones, y todavía más la política que reaviva ciertos recuerdos y condena otros a un olvido por lo menos temporal. Esta memoria espontánea que segrega la vida de todos los días se transmite de modo oral, en el marco familiar y en el curso de reencuentros informales, en los lugares de trabajo y durante el tiempo libre, sufriendo una influencia de la memoria dirigida vehiculada por los medios y las manipulaciones de los actores políticos”. Si ella integra la aportación de los historiadores, ejerce también sobre el trabajo de estos

²⁶ Krzysztof Pomian, “Sur les rapports de la mémoire et de l’histoire”, *Le débat*, num. 122 (novembre-décembre 2002), pp. 34-37.

²⁷ *Ibidem*, pp. 37-39; así como K. Pomian, “L’irréductible pluralité de l’histoire”, en *Sur l’histoire*, pp. 392-398.

últimos una presión tanto más fuerte cuanto el derecho a la historia está en camino de convertirse en nuestras sociedades democráticas uno de los derechos del ciudadano, lo que se aprecia sobre todo, por razones evidentes, en la historia del tiempo presente. Razón por la cual, concluye Pomian, deberíamos plantear las relaciones entre la memoria y la historia de un modo histórico, máxime en un tiempo de historización de la una y de la otra, y preguntarse si el contenido del término “memoria” era el mismo en la época de Platón, de San Agustín y de Bergson, y el de “historia” en la Grecia clásica, en la Edad Media y en el siglo XIX²⁸.

²⁸ K. Pomian, “Sur les rapports...”, *op. cit.*, pp. 39-40.

